





EL PEZ DE ALABASTRO



Bertha Balestra

EL PEZ DE ALABASTRO

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: octubre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Bertha Balestra

ISBN: 978-84-127117-4-5

ISBN digital: 978-84-127117-5-2

Depósito legal: M-29810-2023

Ediciones Áltera

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

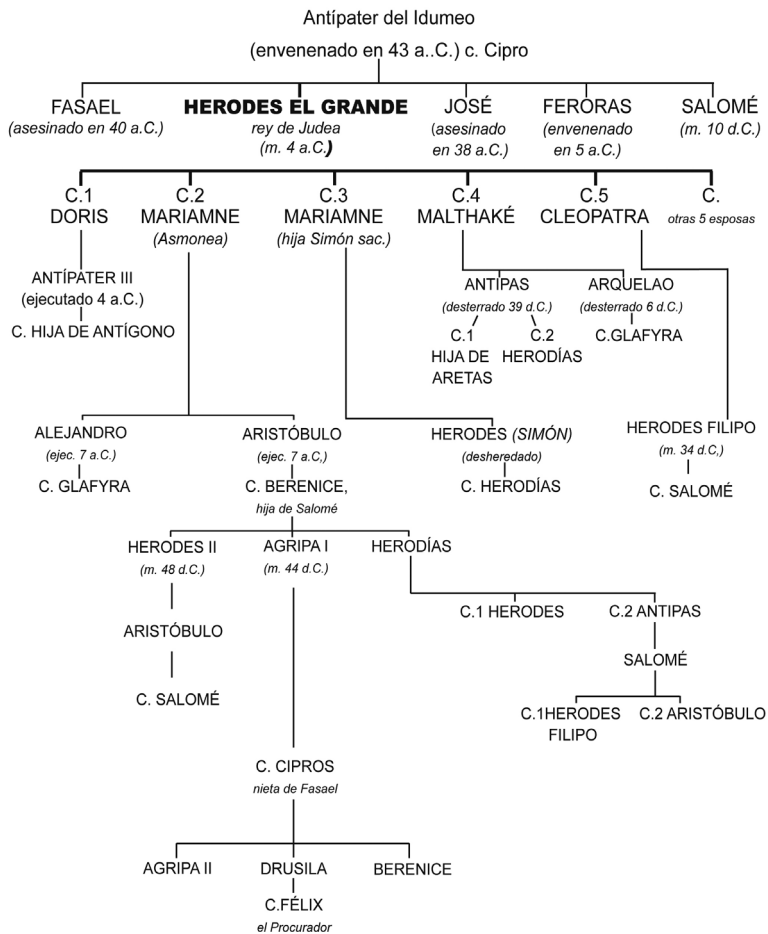
autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A mis padres,
gracias por enseñarme a soñar con un mundo mejor.*

LA FAMILIA DE HERODES



M. MUERTO

C. CASADO

PRIMERA PARTE



*De nuevo nacerás de un vientre, de nuevo crecerá tu esqueleto.
de nuevo arribará esta misma página a tus manos iguales,
de nuevo cursarás todas las horas.....*

J.L. Borges, *Historia de la Eternidad*.

El ambiente asfixiaba. Ceniceros desbordantes, jarras de agua vacías y desorden de papeles sobre la mesa, eran prueba de las horas que se había prolongado la junta.

—Este asunto debe ya quedar cerrado —indicó un hombre con expresión malhumorada que portaba el uniforme de la policía local. Creo que es un caso más del Síndrome de Jerusalén, como los cincuenta que tenemos en promedio todos los años. Si como dicen, la señora está fuera de peligro, haré los arreglos para que mañana mismo se le traslade al aeropuerto y vuelva a su país. Problemas más graves tengo que atender ahora, para ocuparme de turistas dementes y teorías de loqueros e historiadores. Disculpen señores —añadió consultando su reloj y recogiendo con descuido los papeles de la mesa—, debo irme. Por lo que a mi departamento respecta, los cargos contra la dama están olvidados. Finalmente, ningún tesoro fue sustraído del museo.

El oficial, acompañado por el asistente que había permanecido de pie al lado de la puerta, salió de la sala y caminó ruidosamente por los pasillos.

—¿Y si el comandante Béjar tiene razón? —se atrevió a plantear un hombre mayor, quien traía la bata blanca desabotonada y la corbata en desorden. A pesar del desaliño, la barba gris, las espesas cejas y la intensidad de su mirada le daban el aspecto de un antiguo patriarca.

—Es cierto que atendemos aquí a varios pacientes cada año con delirios religiosos y fantasías históricas —continuó—. En los últimos meses tuvimos a un italiano que recogieron cerca de Belén, caminando descalzo en la nieve con un Nuevo Testamento en la mano, quien aseguraba ser Jesucristo; a un alemán furioso porque en la cocina de su hotel se negaban a preparar la Última Cena; y ese canadiense que decía ser Sansón y poseía realmente tal fuerza, que arrancó la ventana de su celda con todo y herrería. Hemos recibido asimismo Mahomas, Salomones y Davides. Francamente, tengo mis dudas acerca de esta mujer. Toda la aparente evidencia que apunta hacia una paciente sana, libre de patologías, no ha sido capaz de borrar de mi mente la probabilidad del error.

En la memoria del médico se recrearon las palabras que releía quién sabe cuántas veces diarias.

¿Quién soy? ¿Tú me lo preguntas, Salomé? Queriendo encontrar respuesta a esta pregunta, he dedicado gran parte de las frías y solitarias horas en mi remota morada. Sé que, por ahora, soy un viejo ciudadano romano, exiliado en Lugdunum, en la provincia de las Galias, viviendo una aburrida existencia. Lejos de la gente de mi raza, de los que profesan el credo que mi madre trató de inculcarme, a pesar de las influencias de gentiles que vivían en la corte. Lejos aún de los que han acogido la nueva religión fundada por aquel súbdito de mi reino a quien sólo vi unos instantes antes de su ejecución, pero dejó su mirada clavada en mis sueños, tan grabada como el recuerdo de la cabeza del que se decía su predecesor. En esos hórridos sueños ambos profetizan lo que será de mi memoria en el futuro: una imagen gris y ambigua, conocida sólo a través de la intersección de mi camino con el suyo. Su nombre trascenderá muchos siglos y fronteras, y el mío unido, pegado como una mala yerba, siempre como un mero accidente. Yo seré el villano, aquellos los mártires. Pero ellos mismos marcaron su destino, empecinándose en sus creencias con una admirable entereza, aun a sabiendas de que les costaría la vida. ¡Cómo admiré siempre a los que tienen ese valor!

En cambio yo tuve pocas oportunidades de elección, mi camino siempre lo decidieron otros con más poder o más voluntad; el primero fue, desde luego, mi padre, el gran monarca frente al que se inclinaban varios pueblos

a pesar de odiarlo, y cuyo genio manejaban con cuidado hasta los romanos, sus amos.

Vista a distancia, mi historia es una ridícula cadena de absurdos; trágico resultado de ser un títere en manos de quienes dominan el momento. El destino me emboscó de tal manera, que he estado siempre donde nunca busqué ni esperé estar. Traté de responder a las expectativas de todos, y no quedé bien con nadie: para mi padre fui un ser casi invisible, para mi madre un disoluto, para mi pueblo, un traidor; para los romanos un inepto y para mi esposa, un hombre débil. Para los seguidores de esenios, zelotas y los ahora llamados cristianos fui un verdugo cruel e incomprensivo. Sí, son muchos mis pecados y muy graves, pero no tantos como cargaré mi memoria.

—Pero doctor Newmann, recuerde que usted mismo se comunicó con mi institución cuando sospeché que la señora Díaz no tenía nada de enferma, cuando las características le hicieron pensar, a pesar de su escepticismo, en la posibilidad de estarse enfrentando con un caso real de recuerdo de vida anterior—, le interpeló el joven médico americano, haciéndole volver de sus pensamientos.

—Debo admitir que me encuentro confuso —dijo Jacobo Newmann, director del hospital psiquiátrico Kfar Shaul de Jerusalén—. Por un lado comparto su pasión científica ante un hallazgo tan maravilloso como inesperado, pero no dejan de acosarme dudas acerca de la veracidad de nuestras teorías y la validez del procedimiento que estamos utilizando. Ahora bien, si vamos por el camino correcto, ¿tiene fin la investigación? Porque encaramos a un personaje importante y poco estudiado que puede enriquecer los archivos históricos de la humanidad, pero, ¿qué hacemos con el ser actual, de carne y hueso, que posee en el fondo de su subconsciente ese tesoro? Estamos matando al fruto para obtener su semilla. Me parece una carga ética muy fuerte.

Si esto se justifica, entonces sometamos al personaje, quien se nos presenta lleno de desequilibrios emocionales, a psicoanálisis; ¿qué descubriremos? ¿Traumas de su infancia en la misma vida, o en otra y otra y otra anteriores? ¿Cuántos años tendríamos que

estar en contacto con una paciente a la que todos hemos determinado sana? —hizo una pausa, bajó el tono de voz y miró de frente al doctor Rubin—. Perdona que te diga esto, muchacho, me arrepiento de haberme dejado llevar por la curiosidad que despertó en mí el artículo de tu jefe en la revista *Health world*, y de haber pedido su intervención.

Nadie se atrevió a seguir discutiendo. Definitivamente, sus mentes no habían llegado tan lejos.

—Es innegable que tenemos que repensar las cosas. Sería mejor que nos reuniéramos mañana para darnos un poco de tiempo —se atrevió a decir Rebeca Elías, la intérprete, con ánimo conciliador.

—Rebeca tiene razón —afirmó Robert Rubin, el neoyorkino—. Suspendamos la junta hasta mañana por la tarde. Doctor Newmann, habrá que darle largas al comandante. Y, doctor, gracias por hacernos reflexionar.

Se precipitaron hacia la puerta como el agua contenida en presas contra su voluntad.

—Te llamaré más tarde, Rebeca —puntualizó Judith, la historiadora experta en periodo romano —dejé algo para ti en el Museo.

—De acuerdo, iré en un rato.

Robert se apresuró, para alcanzar a la joven en el pasillo. Tomó su mano.

—¿Cansada?

Ella acarició la mejilla del médico. Sus miradas y sonrisas los delataban; habían dejado de guardar su relación en secreto.

—No tanto como tú, por lo que veo.

—¿Qué tal cenar pasta y una copa de vino?

—Excelente idea, acepto. ¿Nos vemos en casa a las ocho? Sólo paso a despedirme de Alejandra y a la Universidad, por algo que Judith quiere entregarme.

Robert miró el reloj. Faltaban casi dos horas; le parecerían muy largas.

El director quedó solo, pegado al sillón, una vez que el resto abandonó la sala de juntas. Trataba de separar en blanco y negro

las revueltas ideas, más grises que su barba. Su conciencia arrepentida se rasgaba las vestiduras. Una y mil veces maldecía el momento de duda científica en el cual pensó que realmente un espíritu reencarnado estaba frente a él. ¿Lo creyó o deseó embarcarse en una aventura? Llegar a los sesenta años sin salir jamás del camino, conducía a veces a ese tipo de reacciones; como profesional lo sabía, pero lo diagnosticó cuando ya había caído en la trampa. Espectador siempre objetivo de la vida, había juzgado con dureza a quincuagenarios y sexagenarios cuando se involucraban en empresas locas —casi siempre de tipo amoroso—, para tratar de asirse a la juventud. Le resultaban ridículos. Y él se hallaba vencido ante la tentación de una aventura profesional, peligrosa también. Se dejó llevar por la curiosidad después de leer el artículo acerca de los hallazgos del doctor Weiss. Bien fundamentado, o quizá sólo bien redactado, exaltó su imaginación al grado de provocar el desorden en el que estaba ahora. El método de su pensamiento, siempre científico, parecía trastocado. Muchas dudas lo asaltaban. Deseaba no creer en lo que tenía enfrente, pero por desgracia, la evidencia lo iba desarmando y no era capaz ya de negar, como lo habría hecho años antes, la posibilidad de la reencarnación.

Se comunicó con el médico de cabecera de Alejandra en México, quien le aseguró que el expediente estaba totalmente libre de antecedentes psicópatas, personales y familiares. La formación cultural de la paciente no le dio nunca contacto alguno con la lengua hebrea o aramea, confirmándose la presencia de un caso de xenoglosia, es decir, el manejo de una lengua a la que nunca estuvo expuesta. Y qué decir de todos los detalles acerca de personas y lugares desconocidos para ella.

El doctor Rubin venía armado de un buen arsenal bibliográfico sobre el tema. Le proporcionó evidencias científicas recabadas por profesionales de diversos tiempos y lugares; historias clínicas completas, cuidadosamente investigadas. Estaban entre ellos, Edgar Cayce, Joan Grant, Edgar Mitchell, Joel L. Whitton y muchos otros, avalados por hospitales y universidades.

Las incontestables preguntas trascendieron lo científico, para permear aun sus sólidas creencias religiosas. Encaminaron sus pasos hacia el rabino. Él confirmó la existencia de fragmentos en los libros de Job, Jeremías, Malaquías, en que se puede sustentar teológicamente la teoría de la reencarnación de las almas.

—Adelante —se escuchó la voz de Alejandra Díaz cuando Rebeca llamó a la puerta de su habitación.

—¿Tuviste un buen día?

—Sí, estuve paseando por ahí, acompañada de mi fiel policía quien, a decir verdad, ya hasta empieza a simpatizarme —rio con esa facilidad suya para hacer comedia de las situaciones incómodas—. Fui de nuevo al Muro de las Lamentaciones. Estoy cansada como si hubiese cargado sus piedras.

No le dijo que la causa de su fatiga no era solamente el calor, el haber caminado entre miles de personas, la tensión que aún le provocaba su obligada escolta, sino la transformación interior, la nueva forma de mirar el mundo, como si a todo le buscara y encontrara un sentido distinto, todo le afectaba de manera personal. Se había sentido conmovida al comprobar lo que había quedado del Templo; se emocionó, frente al muro, al mirar a esos hombres, con su manto de oración, balancearse canturreando sus plegarias con el alma puesta en ello. Podría asegurar que escuchó gemir a las piedras, quejándose de su suerte y de sus sangrientos recuerdos.

—Comimos de maravilla en un restaurante griego, aunque para ser honesta ya empiezo a extrañar la cocina mexicana, y también mi casa —confesó, sin evitar una sombra de tristeza en el semblante.

—De eso quisiera hablar contigo. Esta tarde hemos tenido una junta para hablar de tu caso, y todos los involucrados tienen distintas opiniones. Al comandante Béjar le urge dar todo por terminado y que salgas de su jurisdicción. Levantará los cargos en tu contra por el intento de robo de la pieza del museo, así que estarás en absoluta libertad de irte esta semana, pero...

—¿Pero?

—Los que tienen interés científico en ti quisieran que te quedaras más tiempo para completar sus investigaciones. Desde luego no puede hacerse esto sin tu consentimiento.

—Como rata de laboratorio... ¡Vaya! Quién me viera.

Guardó silencio. Becky respetó esos momentos, no se trataba de una decisión fácil.

—¿Y cuánto tiempo necesitan?

—No lo sé. Ninguno lo sabe, sobre eso discutíamos. Esto podría prolongarse indefinidamente. Tanto para psiquiatras como para historiadores, eres una fuente de estudio infinita. Alejandra, me preocupas tú, precisamente porque no te considero una rata de laboratorio. Ellos no se cansarán, investigar es su vida.

—Gracias, Becky. No sé qué pensar, han sido semanas muy extrañas. Me gustaría repasar con calma todo lo que han encontrado en mi cabeza durante esas sesiones de hipnosis, tal vez yo misma desee saber más.

—O quizá te horrorice y te cree conflictos que ahora no tienes —pensó Rebeca en voz alta.

—No sé... —dijo Alejandra, casi para sí.

—Bueno, debo irme, te dejo para que medites. Yo hablaré con Robert, le pediré que te propongan un plan más definido. Te veo mañana.

Robert J. Rubin caminaba como un autista por las calles de Jerusalén. Aprovechó el tiempo para ir a pie, le serviría para despejarse. Tenía la mente embotada; no hallaba solución a ninguno de los problemas que le surgían, simultáneos y entrelazados, desde que había venido para hacerse cargo del caso de aparente síndrome de Jerusalén de la señora Díaz. Quería creer que la paciente y sus discrepancias con el doctor Newmann eran el objeto de su intranquilidad, pero lo que en realidad le había hecho caer en esa ansiedad era la relación con Becky. La idea de que al terminar su misión médica habría que dar fin a su romance, lo hacía experimentar

una desazón constante. Nunca se había sentido así por ninguna mujer, ni siquiera en la adolescencia. Tal vez entonces estuvo tan concentrado en sus estudios, con la obsesión de ser el primero de la clase, que los asuntos amorosos —para los que siempre se daba tiempo— ocupaban un segundo término. Quizá estaba perdiendo el instinto práctico, se estaba sensibilizando, contagiándose de la complejidad propia de la gente de ese lado del mundo. O bien, era ahora sí un adulto maduro, listo para dejar de contrariar a su madre, quien desde que tenía memoria, le estaba buscando novia formal.

¿Qué diría ella si supiera lo de Becky? Querría casarlo al instante, se desmayaría de felicidad al saber que la elegida era israelí. En cambio a papá no le agradaría nada una novia pobre. Él seguía siendo judío más por conveniencia que por convicción; la comunidad se muestra implacable ante los desertores y procura evitar su éxito económico. En el mundo judío de los Estados Unidos todavía pesaba el criterio de utilizar los matrimonios como alianzas productivas. Por eso, para evitar dramas familiares, se había abstenido de hablar de Rebeca en las breves y esporádicas conversaciones telefónicas que había tenido con sus padres en estas semanas. Ya antes había interpuesto una barrera ante los continuos intentos de su madre de entrometerse en su vida sentimental; después se había arrepentido, no de marcar sus límites, sino de la forma en que le gritó durante su última visita a Nueva York: ¡Mamá, no quiero volver a oír hablar de las maravillosas y virginales chicas que asisten a la sinagoga! ¡Y no me llames Joel, mi nombre es Robert! Papá hizo muy bien en quitarle letras al apellido, ya no somos los Rubinsky del *ghetto* polaco, olvídale, somos los Rubin, de los Estados Unidos de América y, si me caso, lo haré con una americana, sea cristiana, budista, musulmana o atea...

Debió tragarse esas palabras. Ahora estaba en la Ciudad Santa, viviendo en el apartamento de una israelí adorable, que le partiría el corazón si no aceptaba irse con él a Miami, en donde residía actualmente. Lo temía. Becky estaba entregada a los ideales de que-

nes habían venido de todo el mundo a recuperar su tierra prometida. Le quedarían dos opciones: la primera, impensable, abandonar su lucrativa carrera de psiquiatra y venir a vivir a Israel. La otra, reunirse con ella solamente en períodos vacacionales, hasta que el tiempo y la distancia, verdugos de los sentimientos, hicieran su trabajo. Odiaba reconocer que era el más probable de los desenlaces.

Mientras cavilaba, sus pies lo llevaron hacia el museo en donde trabajaba Rebeca, escenario en el que se inició la aventura científica. Estaba ya cerrado al público, pero decidió esperar a Becky frente a la puerta.

Celebró que los meses de calor asfixiante hubiesen pasado al fin, permitiéndole disfrutar el atardecer al aire libre, pero a pesar de la sensación de alivio causada por el aire fresco, su mente volvió a atormentarlo: no, no se imaginaba ya la vida sin esa sonrisa, sin la piel aceitunada sobre la que sus manos se paseaban noche a noche; los negros cabellos casi siempre recogidos, excepto en la intimidad. Y toda ella, su manera de hablar, sus firmes ideas y la dulzura con que solía exponerlas. ¿Cómo prescindir de tanta vida, de tanto amor?

No seguiría dando vueltas al asunto; iba a encararla esa noche, proponerle en serio que se fuera con él cuando terminara su trabajo, que al menos lo intentaran; si necesitaba casarse, lo haría. Tomó allí mismo la determinación.

Rebeca salió del museo bastante molesta. Judith le entregó un cuestionario de cinco páginas. Le pidió traducirlo y convencer a Robert de aplicarlo antes de dejar que Alejandra fuese liberada. No tuvo valor para oponerse, las decisiones no las tomaba ella, pero sentía un malestar creciente. Me están utilizando al igual que a ella, se decía, no solamente como intérprete, también como ser humano, porque si todo esto de la reencarnación es cierto, si, como dice Alejandra, coincidimos en alguna época anterior, cuestiones que dudo todavía, saldrá a relucir también mucha información acerca de mi propia persona. Eso la aterraba. Tanta era su ira y tan lejanos sus pensamientos, que estuvo a punto de chocar con Robert, sin darse cuenta de su presencia.

—¿Qué haces aquí? Quedamos de vernos en casa.

—Prefiero caminar contigo.

—Quería cambiarme y dejar todo esto —levantó el bolso lleno de libros, papeles, grabadora, cintas de repuesto.

—Estás bien, vamos ya por esa pasta, tengo hambre.

Robert se hizo cargo del bolso.

Llegaron al restaurante italiano, su lugar favorito. Ahí habían tenido su primera cita. Los instalaron en una mesa redonda, bajo un techo de auténticas plantas de vid. Sólo una vela sostenida por una botella de *chianti* alumbraba a medias sus rostros y proyectaba enormes sombras sobre la pared.

Robert pidió una botella de vino. A pesar de su decisión, le costaba entrar al tema de los sentimientos, olvidarse y hacer que Rebeca olvidara también las preocupaciones de trabajo, especialmente después de un día tan intenso.

Brindaron sin palabras; cada uno sumido en su mundo interior. El contacto de la mano de Robert sobre la suya, despertó a Becky de sus cavilaciones. Mirarlo a los ojos le seguía produciendo aliento dentro del estómago. ¿Cómo había podido permitir que ese hombre se metiera así en su vida?, se preguntaba. Sentirlo cerca era la respuesta; el efecto devastador que su sola presencia ejercía sobre ella, dejaba fuera cualquier consideración. Así le sucedía desde la primera vez que cenaron en ese lugar, con el pretexto de comentar a fondo detalles del caso y terminaron hablando de gustos similares, de planes, de anhelos. Después de esa noche salieron todas y tardaron dos semanas en que Rebeca lo invitara a pasar a su departamento. Tres para que le sugiriera dejar su habitación de hotel y mudarse con ella. Así, sin meditar las cosas, contrario a su naturaleza calculadora, a su costumbre de mantener a los hombres a distancia, Robert entró en su vida con la naturalidad de quien ha pertenecido siempre a ella.

¿Qué tenían en común? Poco. La religión de sus antepasados, tan endeble en el caso de él; adaptada a su propia ideología y conveniencia en el de ella. Eso era todo. Rebeca, criada en un Tercer

Mundo que suspira por el desarrollo y la democracia. Robert, orgulloso producto del «Sueño americano», en ciudades donde los judíos forman comunidades respetadas gracias a su poder económico.

Pero la vida los reunió y una atracción inexplicable les impedía separarse. Ahora ambos temían la cercanía de final; sus vidas no podrían ya ser las mismas después de ese tiempo juntos.

Una vez que el mesero tomó la orden, Becky, con los pensamientos todavía enganchados en Alejandra, le habló de su descontento por el cuestionario de Judith y lo puso sobre la mesa.

—Lo revisaremos después, Becky, no quiero hablar de trabajo ahora, sino de algo distinto —le pidió Robert.

Y se veía diferente. Su aire despreocupado de *american boy* había desaparecido, dando paso a un semblante severo.

—Becky, estoy enamorado de ti. Trato de decir que en verdad no quiero ya una vida de la que no seas parte.

—Pero Bob, ambos sabíamos...

—Sí, nunca creí sentirme de esta manera. Te pido, te suplico, que tú también consideres, si sientes lo mismo, la posibilidad de no separarnos. Ven conmigo a Miami, te gustará. Por lo menos inténtalo.

—¿Si siento lo mismo? ¡Qué ciego eres si lo dudas! Claro que te amo, Bob. ¿Cómo puedes escarbar en el subconsciente de tantas personas y no leer esa verdad en mis ojos? Pero vivir allá... Pienso que a veces la renuncia absoluta puede ser la prueba del amor verdadero, y quizás sea nuestro caso. Yo no sería quien soy si acepto llevar una cómoda existencia de hamburguesas y plástico. Tampoco podría pedirte que cambiaras esa vida, si estás seguro de que es tu lugar.

—¿Ni siquiera como experimento?

—¿Para qué? Sólo nos haría más dolorosa la separación. Dejemos las cosas como están y disfrutemos el tiempo que nos quede. El recuerdo de estos días se convertirá en nuestro tesoro.

Ella tomó un trago de vino para diluir el nudo de la garganta, y lo besó para esconder el temblor de su voz. Abrió el menú, dando el tema por terminado.

—Por favor, Rebeca, prométeme considerarlo.

—No, mi amor, allá no... no insistas.

Comieron poco. El hambre quedó extraviada entre sentimientos. En cambio, la botella se vació con facilidad.

Aconsejados por el vino y el orégano se dirigieron a casa, Robert, a buscar bajo la ropa los argumentos que no encontraron las palabras; a tratar de atar a su novia con caricias, a convertir sus besos en pasaje de avión. La oscuridad cubría el miedo compartido de hallar en la mirada del otro alguna señal de vencedor; porque ninguno estaba dispuesto a ceder, convencido Robert de la necesidad de estar juntos; Becky, de lo inminente de su separación. Esa noche, Rebeca lo amó como novia de soldado, entregando todo, con un ardor exacerbado, desesperada ante el temor de tratarse, quizás, del último encuentro.

Cuando Becky se levantó, Robert llevaba ya mucho tiempo trabajando. Había revisado las sesiones anteriores a su llegada a Jerusalén, aquellas en que el Dr. Newmann inquirió a Alejandra sobre su infancia y adolescencia. Hacía nuevas anotaciones en el expediente.

Alejandra Díaz era una mujer mexicana, viuda, de buena posición económica. Gracias a la venta de extensas propiedades en el sureste de su país, las cuales vendió, sin conocerlas, a la muerte de su esposo, podía vivir sin trabajar. No se preocupaba por nada más allá de la moda, las reuniones sociales y sobre todo, por pasarla bien.

Como resultaba natural y hasta necesario entre los de su clase, viajó a Francia para llevar a su única hija, Mónica, a un internado católico para señoritas, en Lyon. Su plan era reunirse después con su amante en París y viajar juntos por Europa durante algunos días.

Se hospedó en un pequeño hotel en las afueras de la ciudad, una de esas villas de noble historia en que una atención esmerada y un chef de los que transforman los frutos de la tierra en alimentos del cielo, hacen sentir a los huéspedes miembros de la realeza. Des-

de su ventana dominaba un extenso valle, sembrado con árboles de durazno y rematado por los Alpes. Allí sufrió el primer comportamiento extraño, indicio de lo que se desencadenaría días después. Había tomado esa mañana una excursión por la ciudad; la guía les relató la historia de Lyon, urbanizada durante el Imperio Romano bajo el nombre de *Lugdunum*.

A partir del momento en que lo escuchó, el apelativo latino quedó resonando en la cabeza de Alejandra. Esa tarde miraba desde la ventana del hotel, atraída por el paisaje. Llamó a Mónica a su lado: «Mira hija, qué bello sitio. Pero es mucho mejor en primavera, cuando los árboles están en flor. A esta hora se confunde el color del cielo con el rosa del campo, que separan sólo las montañas, resplandecientes de blancura». La chica no preguntó cómo sabía eso, si era la primera vez que estaba en Lyon. No prestaba normalmente mucha atención a lo que la madre hablaba, menos ahora que su mente se ocupaba en tratar de adivinar cómo sería la vida en el internado. A pesar de las fotografías y las recomendaciones del señor Procel, agente de viajes educativos que se hizo cargo de todo, la asaltaban temores que no se atrevía a expresar por no sonar infantil. Sentía mucho miedo de estar tan lejos de casa, de tener problemas con el idioma, la comida, el frío; de extrañar a sus amigas, los mimos de la servidumbre y las compras con su mamá. Tales consideraciones le impidieron notar que la expresión en los ojos, el lenguaje que utilizaba y hasta la voz de su madre, eran muy extraños.

Durante la noche, Alejandra se revolvía intranquila en su cama. Despertó muy inquieta; no recordaba sino algunos detalles de su pesadilla. Un fuerte dolor de estómago, que ya no sentía, ¿parte del sueño o indigestión? No lo sabía. Después, la sensación de caer, seguir cayendo, por un gran tubo oscuro. Al final, una luz blanquísima, una superficie mullida y una voz, fuerte y clara, que la apremiaba a viajar a Jerusalén, *pues allí encontraría a quien por tanto tiempo había echado de menos*.

Al día siguiente, después de entregar a su hija en el colegio, se dirigió a una agencia de viajes para cambiar itinerario y dirigirse a

Israel. Llamó desde el hotel a Rodrigo para pedirle que cancelara su viaje. Pedirle... Usaba esta fórmula a manera de cortesía siempre que daba órdenes. Pedir en ella era una requisición que no admitía negativa. Así había pedido a Rodrigo viajar con ella; ahora, que no lo hiciese. Alejandra controlaba la relación con el joven instructor de tenis de Mónica con la misma frialdad que programaba tratamientos faciales o desayunos de amigas. Para ella, Rodrigo era un entretenimiento, el espejismo, por momentos, de no estar sola en la vida; también un trofeo para provocar la envidia de las amigas. Recibía con agrado las muestras de admiración y enamoramiento del joven; no dudaba de su sinceridad: él admiraba realmente su elegancia y estaba enamorado: de su dinero. También eran auténticos su enojo y humillación ahora que, con una simple llamada, perdía la oportunidad del deseado viaje. ¿Tan tonto lo consideraba Alejandra, alegó, para creer que lo convencía el inverosímil pretexto de un repentino impulso de acercarse a Tierra Santa? Ella no tenía ninguna creencia profunda, practicaba la religión para evitar críticas, le echó en cara. Pero a Alejandra no le importaba nada, mucho menos el enojo del joven amante, sus súplicas ni la acusación de haber hecho una nueva conquista. Una fuerza interior nueva y desconocida parecía empujarla.

Una vez en Jerusalén, a bordo del autobús en que hacía el recorrido de la ciudad, se asombró a sí misma cuando volteó hacia su compañera de asiento y exclamó. «¡Qué cambiado está todo!». Por fortuna, su vecina no hablaba español y no continuó la conversación.

Otra noche de inquietud, poblada de más sueños extraños, rostros llenos de odio, la sensación de ser perseguida. Huir, correr... y la búsqueda, la necesidad de encontrar ¿a quién? Por momentos el paisaje era desértico; otros, un bosque de coníferas, un río, un acueducto romano. Luego el calor agobiante y húmedo de una selva tropical, poblada de sonidos animales; una lluvia torrencial. Empapada, se veía de pronto rodeada de hombres de muy corta estatura, todos con la cabeza cubierta por un pasamontañas. Entre

ellos resaltaba la figura de otro más alto; su atención se clavaba en los ojos profundísimos, color miel, del encapuchado. Al verlo, se calmaba su ansiedad.

Muy temprano, en contra de su costumbre y placer de quedarse en la cama hasta tarde, tomó un largo baño y un frugal desayuno en su cuarto. Decidió visitar el Museo. Allí se desató la extraña aventura.

Rebeca guiaba, como siempre, al grupo de hispanoparlantes. Le resultaba un trabajo agradable, gracias al cual se mantenía mientras continuaba sus estudios de arqueología y lenguas muertas. Llegó a Israel hacía poco más de diez años. Vino con un grupo de jóvenes, argentinos como ella, a conocer los lugares bíblicos. Ya nunca podría dejar esas tierras. «¿Cómo es capaz alguien de llamarse judío, reflexionaba, y no querer volver a la Tierra Prometida? ¿No es cierto que, cada año, en la celebración de *Pesaj*, decimos: aquí estamos ahora. Que el año entrante estemos en el país de Israel. Ahora somos siervos; que el año entrante seamos libres?»). Desde pequeña gozó con esa fiesta, cuyo rito seguía al detalle.

A partir del día en que aprendió a leer se dedicó a la búsqueda de tesoros en la biblioteca de la sinagoga que dirigía su padre. Uno de sus favoritos era el librito que contenía la *Hagadah de Pésaj* en español. Memorizó el segundo párrafo del prefacio, de tanto leerlo: «Nosotros, miembros del pueblo Israel, luchamos por nuestra libertad y por la libertad de todos los oprimidos. Todo hombre fue creado igual a la imagen de Dios, y por ésta se justifica que viva como hombre libre».

Cursó la educación primaria en una escuela judía. Al llegar a la secundaria convenció al padre de permitirle asistir a una secundaria laica. Lo logró con la condición de seguir por las tardes cursos de hebreo y de historia judía. Le gustaba mucho la convivencia con jóvenes diferentes, pero la convicción de ser miembro del pueblo de Israel más que de Argentina era creciente.

Aun antes de llegar a Sión presentía que aquí estaba su lucha. Hacían falta muchos jóvenes convencidos para recordar al mundo, quien por un momento había escuchado sus plegarias, que el pueblo judío pertenecía a su tierra.

Se quedó un tiempo en un *kibutz* en Galilea, pero la sed intelectual, la falta de fortaleza física, o la creencia de que en esta era las batallas se ganan con conocimientos, la hicieron establecerse en la antigua capital, y convertirse en alumna de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Durante las visitas guiadas, procuraba transmitir su gran fervor por la cultura de sus antepasados. El día en que conoció a Alejandra hablaba de la gran influencia egipcia en el arte y prácticas funerarias de los antiguos pobladores de la zona, cuando quedaron frente al pedestal iluminado que contenía un pequeño pez de alabastro.

—Esta es una de mis piezas favoritas. Seguramente fue traída desde Egipto, pues el alabastro no es un material que se encuentre en Judea. Noten con qué perfección fue utilizada la veta del mineral para simular las líneas en la piel del animal. Es un pez muy común en las aguas del río Nilo, y antiguamente se le consideraba sagrado, símbolo de la fertilidad y también de la reencarnación de las almas.

Mientras daba la explicación, no pudo percatarse del malestar que iba creciendo en Alejandra. De pronto, ante la sorpresa general, la mexicana se abalanzó sobre la caja de cristal tratando de romperla y dando gritos ininteligibles, con gruesa voz. La alarma se activó. En segundos, dos guardias sometían por la fuerza a la mujer, quien no dejaba de gritar. La sala entera fue un caos. Los guías de otros grupos cortaron sus explicaciones y urgían a sus turistas para apresurar el recorrido. Rebeca se olvidó de su gente y se quedó cerca de Alejandra, alelada ante lo que la mujer gritaba.

—¡Está hablando en arameo, pero arameo antiguo! —exclamó Rebeca. Se acercó más a ella, pidiendo, a señas, un poco de silencio—. Permítame tratar de entender lo que dice, oficial—. Dice

que el pez de alabastro es suyo, que se lo regaló su hermano... su hermano Filipo.

—Señorita —ordenó el oficial—, si usted le entiende, será mejor que venga también con nosotros.

Las introdujeron en una patrulla, en medio de la conmoción de turistas y personal del museo, para conducirlos al puesto de policía más cercano. Rebeca trataba de tranquilizar a Alejandra, en la lengua aramea que nunca antes había hablado con tal soltura. Sin salir de su asombro, la escuchaba decir que había vuelto a Jerusalén después del exilio, pero no esperaba encontrarlo tan cambiado.

—Es Agripa quien nos mandó detener, ¿no es cierto, hija? Debí suponer que era otra trampa, por eso me hicieron venir —le dijo.

—¿Hija?

—Así es, Salomé. ¿No te hablé de eso cuando fuiste a visitarme al exilio? —insistió.

La conversación se interrumpió al llegar a la comandancia. Los sacaron de la patrulla a jalones. Alejandra comenzó a gritar de nuevo. Un médico o enfermero apareció con una jeringa en la mano, y le aplicó un sedante. A solas, interrogaron a Rebeca. Una vez anotados todos sus datos, fue despedida. No así Alejandra. Becky hubiera querido esperar a que la detenida despertase, pero se lo impidieron. Muy a su pesar se retiró, sabedora de que con la policía israelí no se puede jugar.

Horas más tarde, Alejandra volvió en sí. No recordaba nada de lo sucedido. Hablaba normalmente en español, o en inglés si era necesario. Le pareció inverosímil el informe que le leyeron acerca de su comportamiento en las últimas horas. Ella era incapaz de hacer el ridículo o provocar habladurías. Era una regla de oro de su educación desde la infancia. No importa qué pienses o qué sientas, le parecía oír a su madre, una dama siempre es una dama y no da de qué hablar.

La policía la detuvo el tiempo necesario para cotejar su identidad, verificar con los servicios de inteligencia si no tenía antecedentes penales en algún otro país. Una vez obtenidos todos los

informes negativos a estas pesquisas, la turnaron al hospital psiquiátrico, en calidad de detenida, por intento de robo de tesoros nacionales, pero con la presunción de que se trataba de una loca más, como los cientos que por ahí aparecían, creyéndose personajes del mundo bíblico.

Rubin releyó las primeras sesiones con la señora Díaz, cuando, sin necesidad de hipnosis, le relató la temprana muerte de su padre. También, con una frialdad sorprendente, habló del trágico accidente sufrido por el marido, y la tranquilidad que le acarrearía la viudez, al dar por terminada una mala relación de pareja.

Luego, para poder ir a la primera infancia y, desde luego, alcanzar recuerdos de vidas anteriores, Alejandra había aceptado someterse a hipnosis. Así consiguió regresarla, hacerla recordar su vida como hijo de Herodes el Grande.

—Sin embargo no he obtenido lo que vine a buscar, Becky —dijo el psiquiatra a su novia, cuando ella le acercó una taza de café—. Necesito llevarla al momento de su muerte para ver si puede regresar al estado intermedio y darnos información desde el mundo no material. Ese es mi tema, no la historia. Allá lo hemos logrado; a través de pacientes, nos hemos puesto en contacto con los espíritus superiores que habitan ese espacio, «los Maestros». Desgraciadamente en muy pocos casos se logran recuerdos de vidas anteriores, y entre ellos, sólo un pequeño porcentaje llega al nivel de profundidad hipnótica requerido para ese contacto. Alejandra ha recordado nada más una vida anterior. No he podido llevarla a otras, ni a esos estados intermedios, pero tengo esperanza de poder hacerlo. Siento que es capaz de alcanzar ese nivel.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No lo sé, mera intuición, tal vez. Por eso estoy releyendo todas las transcripciones. Es interesante que el primer contacto lo tenemos muy cercano a su muerte. Escucha esta parte.



¡Ahora me encuentro tan lejos! Confinado en las Galias, en un lugar cuidadosamente seleccionado por los espías del Imperio para mantenernos aislados de cualquier comunidad de judíos influyentes. Tratan de evitar que Herodías, tu madre, vuelva a intentar sus intrigas, motivada por su incesante ambición de poder, condición inherente a su sangre, aunque juró llevar una vida tranquila hasta que su vejez se encuentre con la muerte. Ahora puedo sentir cuánto se puede amar la tierra, a la gente y las costumbres del lugar al que se pertenece.

Extraño el sonido del shofar, el dulce aroma de los naranjos silvestres de Galilea, tan distinto al amargo sabor de sus frutos. El sol ardiente de los meses secos. Los dátiles recién cortados. En mis viajes a Masada, el viento arenoso del desierto azotándome la cara, y también sus heladas noches. El bullicio del mercado de Jerusalén, el brillo cegador del dorado Templo, visto desde el monte de los Olivos. Los inválidos y pordioseros bañándose en la fuente de Siló. El esplendor de la ceremonia pascual... Añoranzas. Pero lo que más falta me hacía era tu compañía, por eso me he arriesgado a venir a buscarte, tengo guardadas tantas palabras en el pecho, que explotaría si no me escuchabas. Recuerdos de mi infancia en Samaria, cuando vivía al margen de la intriga, sucia y complicada, que se tejía alrededor de mi padre, y cuyas redes se extendían más allá de los límites de su reino.

Deseo contarte toda mi historia, para hacerte comprender lo que tengo que decir: verdades sobre mi vida que nadie supo y las generaciones futuras no sospecharán. ¡Pobres historiadores! Tu abuelo Herodes fue tan complicado, que buen trabajo tendrán tratando de reseñar dentro de algunos siglos las relaciones entre nuestra familia, con tantas esposas, matrimonios entre consanguíneos, y su afán de repetir los mismos nombres. Él, quien mandó quemar los documentos de las genealogías judías guardadas en el Templo, para que nadie lo volviera a despreciar por no pertenecer a ninguna estirpe real, como lo hacía su adorada Mariamne, cosechará con los siglos un tratamiento parecido. Nuestras memorias serán deformadas por los descendientes de enemigos numerosos.

—Hay mil cosas extrañas, como el que haya venido aquí, Herodes Antipas nunca volvió a Jerusalén. Entonces, ¿por qué no comenzó sus recuerdos, sus confesiones, estando en Francia? —interrumpió Rebeca—. La historia dice que murió en el exilio, antes que Agripa.



Judith ha estado verificando todas las posibles referencias y no hay registro de que volviera; resulta poco probable que se le hubiera permitido, mucho menos que burlara la vigilancia romana.

—Claro. Su último pensamiento fue para Salomé, por el secreto que no había tenido oportunidad de confesarle. Es común que al acercarse la muerte, aunque no sea esperada, las personas caigan en estados de meditación y evalúen su paso por la vida. Esa obsesión lo arrastró a venir.

Pasé los años más felices de mi vida en la ciudad de Sebaste, capital del territorio de Samaria, al pie de innumerables colinas. Para mí eran inmensas montañas. La vegetación se reduce a arbustos espinosos, zacate y abrojos. Me parecía un hermoso bosque, pues no tenía aún punto de comparación. También pensaba que nuestro palacio era el más grande y lujoso del mundo, y lo era, de mi pequeño universo.

Amé intensamente a mi madre, Malthaké, quien procuraba pasar mucho tiempo con nosotros, mi hermano mayor Arquelao y yo. El nombre griego de ella no podía haber sido mejor elegido, era blanca y dulce. Algunos miembros del Sanhedrín, cuyo orgullo fue terriblemente atacado cuando supieron que Herodes había desposado una princesa samaritana, esparcieron el rumor de que su nombre provenía de Malakbel, el ángel mensajero del dios Baal de sus antepasados sirios. Decían que ella era una especie de sacerdotisa de esos antiguos cultos, y los celebraba en secreto. ¡Calumnias! Malthaké era una mujer creyente y piadosa del Dios de Israel.

Eres muy parecido a tu padre, me decía a menudo, abrazándote lo extraño un poco menos.

¿Por qué no vive con nosotros?, preguntaba yo.

Porque tiene mucho trabajo gobernando todo el país, y eso lo tiene que hacer en Jerusalén, la capital.

¿Y por qué no nos lleva con él a Jerusalén?

Porque somos samaritanos, y no somos bienvenidos entre los judíos que rodean a tu padre.

¿No puede él ordenarles que nos acepten, acaso no es el rey?

Seguramente no nos quiere tanto como a sus otras esposas e hijos, replicó Arquelao, cuyos ojos chispeaban de ira. Nosotros somos su familia poco digna, no nos considera de la misma importancia que a los demás.

Te equivocas, contestó indignada mi madre, estamos aquí por voluntad mía. Prefiero ver a mi esposo poco, pero que sea sólo para mí en esas ocasiones, que vivir a su lado compartiéndolo con sus otras mujeres. Además yo soy samaritana, mi lugar es aquí, en la verdadera tierra de Israel, país del pueblo elegido. Es el hogar de los más grandes profetas: Elías, Oseas, Eliseo, Amós. Nosotros somos los conservadores de la Ley de Moisés, y no la hemos contaminado con otros libros. Oramos en el verdadero sitio sagrado, el monte Garyzim.

Se veía hermosa mi madre cuando se exaltaba, pero yo la prefería apacible y tierna. Es como me gusta recordarla. ¡Cuánto debió sufrir! Amaba profundamente a mi padre, a pesar de ser tan impuro conforme a sus principios.

El hombre la había cautivado muchos años antes, sin darse cuenta siquiera de la existencia de esa chiquilla que desde entonces no pudo pensar en nadie más. Él era el novio. Se casaba con quien sería el amor de su vida y causa de su locura: la princesa Mariamne, de la dinastía asmonea, descendiente directa de los Macabeos. La boda fue en Samaria porque Jerusalén estaba aún en manos asmoneas. Antígono, primo de Mariamne, no había sido expulsado todavía por las huestes combinadas de Herodes y sus aliados romanos. Por eso se unía a la familia real, para no tener trabas en su ascenso al poder. El matrimonio fue sin duda pensado y calculado con ese fin; no tenía idea de que se enamoraría de esa mujer hasta perder el orgullo, la dignidad y la razón. Cupido estaba jugando bromas pesadas. El amor a Herodes nació en una mujer ese día, pero no en la novia, sino en una niña que desde entonces tuvo sentimientos de mujer: Malthaké la samaritana, mi madre. Esperó desde aquel momento, pacientemente, hasta que el gran rey volvió por aquellas tierras. Entonces encontró la forma de aparecer ante sus ojos, siempre ávidos de mujeres bellas. Malthaké lo era, y mucho. El hombre notó su presencia y la hizo invitar junto con su padre. Adivinó que no podría ser bocado de una noche, así que, pretextándose a sí mismo la ventaja de unirse a alguien de esa región, pidió la mano de la doncella. Mi abuelo no podía negarse al soberano. Con pesadumbre, pues en Samaria no era bien visto tener más de una mujer, tuvo que entregar a su hija.

Al principio, Herodes parecía feliz con su nueva esposa. Permaneció varios meses en Sebaste, convirtiéndola en una bella ciudad al estilo griego, con amplias calzadas, teatro, gimnasio, parques y monumentos y, desde luego, un magnífico palacio para él y su bella reina. Pero no dejó que los habitantes olvidasen a quién pertenecían y, en medio de la ciudad, edificó un enorme templo dedicado a César, sobre un terreno sagrado de tres estadios y medio.

Del amor de su compañera nació un hijo varón, Arquelao, hermoso como su madre. Una vez que la fiebre constructiva pasó, a pesar de estar Malthaké encinta de nuevo, Herodes volvió a Jerusalén y tardó mucho tiempo en regresar a Samaria. Cuando vine al mundo, Malthaké envió enseguida mensajeros a su esposo. Creyó que volaría a conocerme, pero tuvimos que esperar varios años. Y así transcurrió su vida desde entonces, siempre a la expectativa de la ansiada visita. Las noticias de Jerusalén llegaban para destrozarle el corazón. Herodes se había unido en un nuevo matrimonio, el quinto, con Cleopatra, judía de origen egipcio que tuvo también un hijo: Filipo. Él sería mi mejor amigo y tu esposo, Salomé.

—Mi esposo. ¿Qué te parece? ¿Yo, Salomé y además, casada? No puedo creerlo.

Las páginas amorosas de Rebeca estaban, hasta ahora, en blanco. Siempre ocupados mente y espíritu en el seguimiento de sus ideales, y el tiempo dividido entre trabajo y estudio, no había habido lugar para romances. Le sorprendía estar, como lo estaba, enamorada de Robert. Ese rubio con aire deslavado, tan lejano a su concepto del hombre atractivo, a quien encontraba cada vez más bello. Cuando la miraba a los ojos, cuando lo descubría a distancia, con su bata blanca, ¿cómo aceptar que no era para ella?

—Sí, es difícil de asimilar que tenemos un pasado desconocido —siguió Robert con el asunto de Salomé—. Te confieso que aun para mí esta vez, pues nunca antes me había involucrado con alguien tan antigua y con fama de seductora —añadió con aire divertido.

—¡No seas tonto! —se sonrojó Becky—, ¿cuál antigua seductora? Pero voy a aprender la danza de los velos, verás.

E hizo algunos movimientos delante de él, entre risas. Robert la atrajo y la sentó sobre sus piernas.

—Bueno, lee un poco más, tengo ya que irme a clases —dijo ella, pero permaneció sobre el regazo de su novio.

Para Arquelao y para mí la vida no tenía entonces problemas. Creíamos como los demás niños samaritanos, jugando en las colinas y asistiendo al templo del monte Garizym. Nos hacían aprender la historia de Samaria como continuación de la de Israel, nación tantas veces gloriosa como víctima de la ambición y la superioridad bélica de otras.

¡Cuántos momentos emocionantes en nuestra historia y cuánto dolor, muerte y humillaciones hemos sufrido! Tal vez sea siempre así, o quizá, como aseguran algunos, hemos individuos y pueblos nacidos para ser pisados y otros vienen a este mundo para dominar a toda costa. De esta interminable guerra en que unos luchan por el poder y otros por la libertad, surge Israel, pues ¿qué más que una huida del dominio o el sueño de la libertad pudo hacer que nuestro padre Abraham saliera de la tierra más fértil del mundo a buscar fortuna?

El odio de los judíos por los samaritanos, que tanto me afectó, tiene ya varios siglos. Comenzó cuando Salomón dividió el reino entre sus dos hijos, dejando nuestro territorio del norte, Israel, sin la fuerza del centro y expuesto a las continuas invasiones de otros pueblos, y a Judá, en el Sur, demasiado pequeño para competir con las grandes potencias de su tiempo.

Contra los idumeos era peor, llevaban muy poco tiempo de haber sido convertidos por la fuerza a nuestra religión.

Tú, Salomé, fuiste formada por Herodías, quien lleva en sus venas sangre judía muy noble y limpia, y en todo su ser un gran orgullo. Tal vez eso me hizo caer a sus pies, como mi padre cayó a los de su abuela Mariamne. De ti espero un poco más de comprensión. No quiero tu desprecio.

—Se me eriza la piel cuando se dirige a mí en ese tono tan tierno, Bob, no sé cómo he aguantado todas esas sesiones. ¿Será que realmente nos atan lazos familiares, o peor, que toda la leyenda de que Salomé y su padrastro eran amantes es cierta? Si deciden ir

adelante con esto, creo que no contarán más conmigo, tendrán que buscar otra intérprete.

Hizo ademán de levantarse. Robert la tomó de la mano.

—No funcionaría igual, él se explaya porque estás tú ahí, no lo haría con cualquiera. Siente que por ahora su objetivo es contarte su vida. Debes evitar involucrarte; intenta pensar que te están contando un cuento, o que representas un papel de teatro. No puedes dejarnos; tu participación es vital para el caso. ¿Quién más va a hablar con ella en arameo antiguo como tú lo haces?

No soltaba la mano de Rebeca.

—Me desarmas con esos ojos de niño inocente. Ya sabes que no lo dejaré. Por ti, por ella, por mí, estoy involucrada por donde lo mires.

Rebeca sabía que el argumento del idioma no tenía peso. En la corte de Herodes utilizaban el griego; también era necesario el latín, reportaban al gobierno romano; además todos los asuntos y leyes judías se manejaban en hebreo, lengua del Templo.

¡Vaya si estaba involucrada! De varias formas —se decía camino a la Universidad—. Si el lazo sentimental que la unía a Alejandra provenía del pasado, o era moderno, lo desconocía, pero lo seguro es que estaba allí. Se convirtió en una persona importante para ella y no le gustaría dejarla en manos de extraños durante las exploraciones de su pasado, o de su subconsciente, o lo que fuesen las fatigantes sesiones con Robert. ¡Terminaba tan cansada!

Y qué decir de la curiosidad. Si lograra ver el asunto como un cuento, como decía Bob, no querría que terminara pronto. Desde ese punto de vista, el cuestionario de Judith resultaba pequeñísimo. Para una historiadora, tener la oportunidad de entrevistar a un personaje de hacía veinte siglos, era sin duda el mejor incidente de su vida profesional.

Robert se quedó en casa leyendo. Para él, lo principal no era la vida de Antipas, sino su muerte. Pero entre sus recuerdos había también cuestiones que debía tomar en cuenta.